

hallaban en la sórdida conjura con objeto de salvar á la princesa. Y por lo mismo que se hallaban en esta conjura debían mostrar mucha violencia y prometer al concurso, ido á presenciar la matanza, como se puede ir a presenciar una fiesta, que rematarían sin remedio aquella hermosa mujercita en aras de la revolución. ¡Oh! Una infinidad de ideas insanas y de sentimientos perversos se diluyen por los espíritus como una especie de peste moral á cuyos horribles efluvios no hay de sustraerse medio alguno. Entre las manifestaciones del bien se halla la Religión, que no solamente liga la tierra con el cielo y al hombre con Dios, regula con preceptos morales cada vida individual y embellece y santifica las relaciones entre sí de los seres humanos con todo el universo. Y sin embargo se ha creído en muchos símbolos de fe religiosa, por muchos sacerdotes de los que han revelado la verdad celeste, necesarios los sacrificios humanos, y en nombre de Dios ha subido hacia las alturas el humo de las carnes tostadas sobre los dolmenes y en las piras. Los revolucionarios creyeron que la revolución pedía en holocausto víctimas humanas.

Al verse, tras largo cautiverio, en la engañosa libertad momentánea conseguida por su carrera, perdió un poco el sentido, la cuitada, sin desvanecerse y sin desmayarse por ello, pero mostrando mucha perplejidad y mucha incertidumbre, asesinas en aquel crítico momento. Y esta especie de transitorio desvanecimiento hizola inadvertir, en su poca penetración, los signos de amistad que le dirigían algunos de los comuneros más empecatados y más furiosos. La Historia repite hoy el eco de los rumores difundidos entonces, asegurando haber visto muchos criados y amigos del Duque de Penthièvre diseminados entre los sicarios con objeto de salvar á la nuera. Esta salvación dificultosa consistía en atravesar pronto los alrededores del calabozo, donde yaciera la infeliz, y atravesarlos á costa de cualquier grito impuesto por las muchedumbres á la gran dama, siquier pudiese parecer este grito un homenaje ante la revolución victoriosa, homenaje forzado, que, á la postre, se llevaba el aire. Y así los encargados de salvarla pedíanle diese un viva subido á la Nación y con este viva subido á la Nación les bastaba para redimirla de veras, viniéndose antes en aquel crítico minuto á sí misma ella. Pero, mientras le decían esto, el estómago de la infeliz se levantaba con propensiones al vómito; su cabeza en vértigos terribles se perdía; sus nervios se sublevaban en tropel, porque se resbalaban sus breves pies en la sangre, porque olía su olfato vivo los hedores de la matanza, porque debía pasar sobre cuerpos mutilados, entre cabezas segadas, hollando tripas aún calientes, entrañas aún palpitantes, corazones con que jugaban aquellos monstruos; y sin poder entre tales horrores dominarse, dió un salto atrás con la natural elasticidad á los músculos prestada por su emoción, y lejos de lanzar el grito reclamado por sus amigos, lanzó un grito de horror y de anatema, como si le hubiesen asestado un golpe mortal. Muchos amigos tenía la Princesa entre aquellas muchedumbres, pero también muchos enemigos. Y estos enemigos atribuían las probabilidades, que se notaban, de salvamento al dinero y

al rango de lo náufraga. Para mayor desgracia, como Penthièvre librarse la salud total de su hija en aquel tremendo día, no tanto al afecto de sus amigos, dispersos como al oro de su bolsa, repleta, los estipendiados temían delatar el estipendio si extremaban sus esfuerzos, mientras los no estipendiados ya sentían mordeduras de la envidia, convencidos del pago. Y gentes suspicaces acostumbradas á las delaciones y nutridas en todo género de regateos sugeridos por la sospecha, se codeaban diciendo que había en aquel asunto gato encerrado, y que este gato, en realidad era un gran bolsillo, á que nosotros llamamos también gato en nuestros decires vulgares. La verdad histórica, restante como residuos tras largo examen, en el incidente ó escena de tan extraordinaria tragedia, me dice que los estipendiados no se movieron en favor de la Princesa, como debían, por no delatar el estipendio; y los rabiosos crecieron en rabia y furor, yendo más allá de lo que deseaban, á la sospecha de tal estipendio; á cuya consideración se movía y exacerbaba la envidia, una enfermedad moral muy extendida, con especialidad entre los revolucionarios y en las revoluciones. Estaba con estos últimos, con los rabiosos un muchacho que se llamaba Charlat, oficial peluquero, de pésima naturaleza, como la mayor parte suelen serlo, entre los demagogos, naturaleza exacerbadísima por muchas razones al continuo charlar de una peluquería, diminuto club, en que refiere cada cual continuamente lo suyo y lo ajeno, murmurando de la Humanidad y de todas las especies criadas, maldiciendo del Universo y de sus alrededores. Así conocía cuanto la maledicencia y la calumnia contaban sobre las relaciones entre la Princesa y la Reina; sobre los medios de que intentaron estas dos valerse para meter á Pitt en el saco de la reacción europea; sobre los amores del Duque de Orleans, llamados incestuosos por el parentesco de afinidad habido entre tal príncipe y la infeliz Lamballe: consejas agrandadas en los clubs, gracias á la intransigencia de esta pobre mujer con los revolucionarios y con las revoluciones. Tambor en la Milicia Nacional, Charlat movía con sus clamores tanto estruendo como con sus pasillos; y sable al lado, pica en puño, baba en boca, rabioso y avinado, se dirigió á ella, y queriéndole quitar con el punzón de su arma la blanca toca, rozóle la fina frente, y le hizo un poco de sangre, que turbó su hermosa y serena transparencia. ¿Sangre dijiste? Cual en una casa de fieras, al acercarse la comida, y trascender por los aires el olor de carne fresca y de sangre caliente, los brutos saltan, rugen estremecidos, al alanceo furioso del hambre, así aquellos bárbaros de la Comunidad revolucionaria saltaron á una para consumir el degüello en vista de las primeras gotas de aquel rojo cruor, despertando en ellos los más voraces apetitos. Por la espalda malhirieron á la hermosa mujer quizá temiendo que, si la herían frente á frente, su rostro hermosísimo embotase así el odio feroz como el arma homicida. Cayó muerta como á un rayo, pues el golpe mortal asestado á la nuca, fué como el machete que remata las víctimas en los circos. Y así, apenas acababa de caer muerta, flor prematura comida de gusanos, aquellos espectadores, allí reunidos para

presenciar una matanza de veras, como pudieran haberse reunido en el teatro para presenciar una matanza de mentirigillas, sintieron curiosidad artística de ver una estatua, y le arrancaron la toca que dejó al aire su diminuta graciosa cabeza; y la desvistieron de sus trajes; y la desnudaron hasta de la camisa; gozándose con voluptuosidad, ó bien animal, ó bien estética, en tantas ocultas y misteriosas perfecciones. Aquel cuerpo, conservado perfectamente por saludables baños y buenos adobos continuos; aquella piel, blanca y finísima, todavía sonrosada como si no la hubiere abandonado el calor de la vida; aquella ebúrnea garganta merecedora de una letanía de loores; los perfectos senos suscitaban en todos admiración artística, exceptuando en algunos sátiros por allí desperdigados, á quienes no apacigua la voraz lujuria, ni la vista de una casta figura como la que tenía madame Lamballe, ni la consagración y el óleo de la muerte, que todo lo purifica. Desde las ocho de la mañana estuvo la infeliz expuesta en el callejón de San Antonio hasta medio día. La sangre suya, naturalmente copiosa, fluyendo sin tasa de sus heridas, la cubrió como de un velo purpúreo, y la ocultó casi á los ojos avizores, confundida con verdaderos montones de carne y de huesos, como despojos de reses en repletas carnicerías.

Parecían agotadas con esto, no ya las crueldades reales y verdaderas, las crueldades imaginables. Parecía que acabada la princesa, extinta, exangüe: sobre la tierra su cuerpo, con Dios su alma; ya en la Eternidad y en la Historia; debían dejarla por lo menos reposando con la paz y con la soledad de los muertos. Pero no, se cometieron en ella mayores profanaciones. Las hienas demagógicas salieron de sus antros; y machacaron los huesos de aquella mujer; y torcieron las fibras de sus carnes como hilos en telas; y exprimieron como esponjas sus hígados con sus pulmones; y tostaron y comieron en canibalesco banquete su corazón; y se hubieran vestido de su piel, á poder en aquel momento curtirla, pues, para que ningún crimen y ninguna infamia quedasen olvidadas, la violaron y la poluyeron en actos de tal asquerosa lujuria que serían increíbles, si no los confirmasen las memorias del tiempo alzadas por el espíritu crítico moderno á datos irrevocables para una completa certidumbre histórica. Después de haberla dejado cinco seguidas horas en el suelo abandonada, comenzó el espectáculo de tal profanación vergonzosa y sin ejemplo á la una de aquella tarde. Cuando estaba más enrojecido su cuerpo con la sangre que fluyera de sus heridas; un comunero se puso ante la muchedumbre á enseñarle aquella figura, ya rígida, y á decirle cuán fino y cuán sedoso era su cutis. Michelet observa el refinamiento de crueldad encerrado en tales palabras, á una profanación provocadora, porque una de las separaciones más profundas entre la raza de los opresores y la raza de los oprimidos estaba en esa finura de la piel, finura que traía consigo aparejados la inmola-ción y el sacrificio. «Matemos á los de la piel fina:» gritaban en su caza infernal y en su hidrofobia inextinguible los carniceros demagogos. Seguidamente se pusieron á trucidar el cuerpo, separarlo en trozos, repartirlo, como se reparten los matarifes en los mataderos

las matanzas. Uno de aquellos canibales cortó la cabeza tan graciosa, diminuta sí, pero esférica y proporcionada, de una belleza indecible. Otros mutilaron porciones del cuerpo que la decencia y el pudor vedan recordar. Pedazos sacratísimos de una mujer, cuyo sexo debe hacer recordar al sexo fuerte todo cuanto en el mundo amara, fueron clavados sobre las picas, rojas todavía de caliente sangre. ¿Quién había de creer que aquella misma calle de San Antonio, vía triunfal parisién, sólo comparable á la sacra vía romana, tres años después de haber visto pasar el tropel de los héroes idos á tomar la Bastilla, toma que fué preludio de la libertad universal, había de ver semejante saturnal de antropófagos, en que no solamente se desconocieron todos los derechos humanos, se deshonraron á una con deshonra, indeleble casi, la libertad y el progreso? Un estupor increíble reinó en todas partes, por doquier pasó aquel cortejo de asesinos. Las gentes, al verlo, se quedaban mudas y atónitas, sin respiración y sin palabra. Una pobre mujer, más exaltada y nerviosa que la mayor parte de los circunstantes aquellos, para huir á la vista de los horribles despojos, se metió en una peluquería. Mas ¿cuál no fuera su asombro cuando tras ella ve la cabeza conducida en la punta de un chuzo que á su vez entraba? Horror tan intenso la sobrecogió que cayó de espaldas, tomada por un vértigo, el cual parecía como el momento mismo de la muerte. Pero, en aquel estado colectivo, ningún humanitario afecto prevalece. A los asesinos únicamente se les ocurrió, después de haber depuesto la graciosa cabeza en el mostrador, que los peluqueros rizaran la rubia cabellera, como si aun estuviese la princesa por los días de ir al baile regio, corriente y usual en Versalles y en Triánón, cuando este baile regio sólo se podía celebrar en las profundidades más obscuras del humano dolor, en los calabozos más horribles del Temple. Con efecto, desde los calabozos de la Fuerza marcharon á la calle de San Antonio, y torciendo luego hacia el Norte, marcharon al castillo del Temple. No podía ir sobre la familia real nube más tormentosa. No le amagó, en peligro alguno de su vida, golpe tan mortal como este inminente golpe. Aquellas turbas hidrófobas acababan de tratar así á la princesa Lamballe por dama de Antonieta. ¿Qué no pensarían hacer con Antonieta misma? Grande alarma cundió entre los primates mismos de la Comunidad revolucionaria. Siquier no tuvieran átomo ninguno de verdaderos estadistas, en su pecho alcanzaban el precio altísimo á que debía graduarse la presencia de Luis XVI en el castillo, guardador de una fianza tan preciosa para la nación, que podía detener los infames extranjeros irruptores aquellas legiones de bárbaros, las cuales amenazaban dejar Francia toda como deja la voraz langosta los campos sobre que cae. Para muchos exaltados no presentaban los individuos de la familia real únicamente aquellos caracteres de rehenes; presentaban los caracteres de reos. Habían cometido un crimen de lesa patria y era necesario que pagasen tan enorme crimen, el mayor entre los que puede cometer un Rey, no en tumultos rápidos, en solemnes procesos que lo escudriñaran todo y dieran una inapelable sentencia. Si el pueblo entraba y rompía los

viejos ídolos, diríase que niño el pueblo hacía con ellos lo que hacen los niños con sus juguetes, al romperlos para enterarse de lo que llevan dentro, y mientras los estadistas discurrían así, los comuneros marchaban hacia el Temple, resueltos al sitio y al asalto.

En tanto espantosa tempestad se condensaba, los Reyes sufrían una de sus más terribles contrariedades, ya lo hemos dicho; la separación de Hue, á quien todos distinguían y amaban. Las memorias del concejal Daujon describen por menor la notificación de tal orden al regio grupo, y la conformidad ascética del Rey con su triste suerte y las protestas de Isabel, andando por la estancia en pasos hombrunos, y dirigiendo á todos los presentes miradas de cólera; y el amargo lloro con que Antonieta se plañía, viéndose apartada por dolorosas separaciones de cuantas personas merecían su amistad y su confianza. Cuando estaban en éstas, un comunero, sabedor de que las matanzas iban á comenzar, se puso con trágico tono á decir que repercutía en todos los oídos el cañón de alarma; que tocaban los campanarios á rebato; que ya la frontera del Este aparecía violada, y la conquista en sus horrorosos comienzos; llegando hasta París las vociferaciones de los bárbaros que pedían la cabeza de los revolucionarios, mientras los revolucionarios se apercebían á mandarles las cabezas de los Reyes. Un horrible grito de la familia real respondió á esta bárbara notificación del futuro suplicio, hecha por el exaltado comunero. Y tras de este grito, fuera de sí las mujeres, olvidándose de quiénes eran en su rango y de quiénes á su vez eran los por ellas rogados, echáronse á los piés de aquellas gentes, y con súplicas expresadas en alaridos, y con gestos de una persuasión que nadie puede hallar sino pasando por aquel trance, reclamaban, como en medio de un incendio voraz ó de un inevitable naufragio, la vida del Rey, resignado á su triste suerte y silencioso entre tanto estruendo. Daujon asegura en sus memorias que sentía por sus adentros la piedad para el Rey, reclamada por su mujer, por su hermana, por su hija, pues el delfín, á sus años, aparecía más extraño de todo cuanto pasaba que verdaderamente conmovido. Con efecto, en esta hora terrible, Luis XVI, muy capaz de una indiferencia estóica, sintió alguno de los muchísimos desfallecimientos que suelen experimentarse al recibir algún amargo caliz, el desfallecimiento de Jesús en el Huerto. Pálido con una palidez mortal; trémulo con el temblor de la muerte; sudando sudor frío; hinchados los ojos de lágrimas y la respiración de suspiros semejantes á sollozos; rodó desde su habitual silencio á una vergonzosa bajeza, bastante impropia de su complexión; pues, aunque jamás tuvo el arresto de los héroes, tuvo siempre la paciencia de los mártires. Y á estas tragedias subsiguieron las tragedias del tumulto que llevaba la cabeza de madame Lamballe y que parecía querer entrar en el Temple con objeto de que la besase Antonieta. Daujon, viendo aquello, envía, lo mismo al Congreso que al Ayuntamiento, emisario tras emisario, misiva tras misiva, en demanda de órdenes, de fuerzas, de socorros, de auxilios para conjurar la tormenta. Lo que más falta le hacía era un grupo de comisarios populares, queridos de la muchedumbre y es-

cuchados por la muchedumbre, para que le ayudasen á conjurar la nube y á salir del conflicto. En esto las turbas aparecen ostentando los restos y despojos de la princesa. Y con tales horrorosos objetos quieren llegar hasta los Reyes. Aunque Daujon de sobra conocía cuán cruel era semejante demanda de la plebe, aún le satisficiera, si no estuviese completamente seguro de que los canibales matan á la Reina como complemento á la muerte de su infeliz amiga. Así requirió de los jefes que tenían gente á sus órdenes en el servicio militar adscrito al Temple, le dijese sus disposiciones; y éstos contestaron á una contaban cuatrocientos hombres armados y dispuestos á hacer fuego sobre la multitud, si así los representantes del poder público lo mandaban. Daujon en seguida comprendió que todo estaba perdido si había una batalla en el Temple por los Reyes, como las batallas del Campo de Marte ó como las batallas del diez de Agosto, y resolvió no usar ningún otro género de armas que la palabra y la persuasión. Así para mostrar intentos pacíficos ordenó abrieran las grandes puertas que daban á los patios y jardines del Temple, con lo que ofrecía espacio donde dilatarse y extenderse á la encrespada multitud. Después coloca entre la puerta del patio y la puerta del castillo dos filas de guardias nacionales, sin armas, que fraternizasen todos á una con el pueblo. Y para indicar el sitio inviolable, inaccesible, sacratísimo, al que no podían aquellas gentes acercarse, por depósito de los reos confiados á la custodia del pueblo y del gobierno, extendió un cordón tricolor, muy grueso y muy vistoso, alrededor de la ceñuda y feudal torre donde se hallaban los Reyes prisioneros. Parece imposible: la estratagema produjo los apetecidos resultados. El tumulto respetó más aquel ténue cordón de seda, que hubiese respetado un férreo cordón de bayonetas. Pero tras la primer oleada de gentes, ¡cuál horroroso espectáculo se ofreció á la vista! Dos comuneros, medio ébrios, vacilantes y tropezando, tiraban por las piernas una masa informe de carne, que parecía cuerpo de mujer, sin cabeza, con el vientre todo abierto y abierta la mitad del pecho. Daujon, al ver aquello, en su deseo de impedir una barbaridad análoga dentro del Temple, sube á una especie de tribuna improvisada, y los comuneros arrojan á sus piés el cadáver despedazado. El orador se conmueve, pues los accesorios, á uno y otro lado de su persona puestos, parecían colocados por una mano mágica infernal para desconcertarlo y perderlo. A la derecha suya la cabeza lívida de aquella pobre Lamballe, cuyos cabellos le tocaban el rostro, según las gesticulaciones y movimientos desordenados que hacía el comunero que la llevaba, incapacitado de desrizar los rizos, perfectamente peinados por el peluquero de la calle de San Antonio; á la izquierda, destrozadas por completo, las entrañas de aquella pobre víctima, que ya hedían, y un cuchillo enorme, con el cual iban poco á poco rebañándolas y repartiéndolas, como pedazos de paz ó fragmentos de reliquia, entre aquellos antropófagos; sobre la cabeza, como dosel purpúreo, la camisa teñida con roja sangre y maculada de barro; en frente, la multitud despidiendo del ojo relámpagos de ira y del pecho resuellos de infierno; todo ello espantoso. Daujon ex-